





Pascual Pera y Rodriguez

**PASCUAL PÉREZ Y RODRÍGUEZ**

**LA URNA SANGRIENTA  
O EL PANTEÓN DE SCIANELLA**

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Edición de Miriam López Santos

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: Ilustración de portada de *La urna sangrienta*  
(Cabrerizo, Valencia 1834)

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Del prólogo, Luis Alberto de Cuenca

© De la edición, introducción y notas, Miriam López Santos

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[siruela@siruela.com](mailto:siruela@siruela.com) [www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-9841-403-5

Depósito legal: M-22.107- 2010

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

## Índice

<b>Prólogo</b>	
Luis Alberto de Cuenca	9
<b>Introducción</b>	
Miriam López Santos	13
<b>Nota a la edición</b>	27
<b>Bibliografía</b>	29

### LA URNA SANGRIENTA O EL PANTEÓN DE SCIANELLA

Tomo primero	33
Tomo segundo	161
<b>Notas</b>	301

**LA URNA SANGRIENTA  
O EL PANTEÓN DE SCIANELLA**

## **Tomo primero**

### **A D. Carlos Melcior<sup>1</sup>**

Mi querido amigo, no he vacilado un momento en la elección. La justicia y el afecto dirigen mi pluma al colocar en el principio de esta obrita el nombre del que fue el primero en excitar con su ejemplo y palabras aquel agradable entusiasmo, creador del genio sublime de quien Escocia se envanece.

Usted fue el primer depositario de los débiles y nacientes esfuerzos de mi imaginación y se complació en dirigir mis primeros pasos en esta espinosa al par que florida senda.

Aumente usted, pues, los motivos de mi gratitud, constituyéndose protector de los desgraciados jóvenes Eugenio y Abundina<sup>2</sup>, y que recordando el lector con el nombre de usted los célebres de Óscar y Amanda, sea este recuerdo el talismán que defienda de la severa e indigesta crítica estos borrones, hallando en el crédito de su Mecenaz derechos a la indulgencia; y entonces a los beneficios de la amistad unirá el tributo del reconocimiento más puro su sincero y cordial amigo

J. R.<sup>3</sup>



## Introducción

Bien conocida es la afición de los ingleses a los viajes por el continente y con especialidad por Italia. Pocos son los que no consagren algunos años de su vida a esta útil y amena ocupación; en términos que puede decirse ser Italia la segunda patria de los viajeros británicos. Con motivo de la reunión de los soberanos en Verona, llenose esta ciudad populosa de extranjeros atraídos de la curiosidad, cebada poderosamente con el atractivo que infundía su maravilloso espectáculo el año 1822.

La pompa y magnificencia de cinco cortes reunidas, las circunstancias políticas que lo motivaban y las demás que acrecentaban el interés particular de cada uno, formaron el golpe de vista más digno de llamar la atención del observador. No fue escaso el número de ingleses que se añadieron al concurso general. Entre ellos se distinguían seis caballeros del Northumberland, a quienes felizmente sorprendió la solemne fiesta en Padua de vuelta a su país. Milord Smith, el más anciano de los seis, aunque enemigo del bullicio y estrépito de la corte, consintió no obstante, vencido de las instancias de sus amigos, en pasar a Verona y asistir a la triunfante entrada de los dos emperadores. Así lo verificaron; mas a poco tiempo el tedio e incomodidad que le oca-

sionaba tan insufrible trabajo le inspiraron la idea de hacer una excursión de algunos días por los alrededores de Verona, hasta que satisfecha la curiosidad de sus amigos pudiese continuar su viaje.

Las bellas descripciones que oía del decantado lago de Garda habían interesado tan vivamente su curiosidad que lo escogió por primer término de la expedición. En consecuencia comenzó a recorrer sus deliciosas riberas por la parte oriental, admirando la no interrumpida serie de jardines, que tales pueden llamarse las amenas llanuras que circundan el lago. Vio detenidamente el inaudito rumbo que trazó el atrevido cretense\* a una entera armada desde

\* Juzgamos no desagradará a los lectores la relación de un acontecimiento admirable y que prueba hasta dónde se extienden los recursos y cuán inagotable es el ingenio humano. Por los años de 1439 tenían sitiada la ciudad de Brescia las tropas de Felipe María Visconti, duque de Milán, estrechando el asedio en términos de quedar a la República de Venecia poca o ninguna esperanza de libertarla. Protestaban los capitanes de esta potencia ser imposible socorrer la sitiada ciudad, mientras no se desalojase el enemigo del lago de Garda; de lo contrario sería inútil cualquiera tentativa. Propúsose el parecer en el Consejo y se buscó el medio de introducir en el lago una armada; mas no hallándose en aquel terreno selvas ni ríos que pudiesen suministrar madera para la construcción, o facilitar el modo de conducir las naves, tenían por desesperado aquel partido. Un cierto Sórbolo, natural de Candía, que tenía bien vistos aquellos lugares y conocida la naturaleza del terreno, halló medio de ser presentado al Senado y aseguró intrépidamente que se obligaba a introducir una entera armada desde Venecia hasta el mismo lago. Al principio todos le creyeron demente; pero bien mirado vieron no ser lo que pensaban, sino hombre de perspicacísimo ingenio. Comenzaron a darle oídos, en particular cuando le vieron ratificarse en su promesa, y afirmar con valor que tenía ánimo para llevar al cabo la empresa, dando para ello razones eficacísimas.

En consecuencia, se expidió orden para que del público arsenal se le suministrase cuanto pidiera, imponiendo, además a las ciudades y pueblos a lo largo del Adige, y tierra adentro, que le obedeciesen, concediéndole autoridad ilimitada para servirse de cuantas personas y anima-

la pequeña laguna de San Andrés hasta el lago al través de las montañas, contemplando entusiasmado los efectos pasmosos del sublime genio que inmortalizó a los venecianos. Sobre todo arrebató su alma el pintoresco paisaje que reflejan las cristalinas ondas del famoso Benaco, donde se ven confundidos en hermoso desorden modernas fábricas con

les tuviese necesidad, y como quisiese. Dispuestas las naves, y equipadas de todo lo necesario, las condujo por el Adige hasta Pontone, y desde aquí con mayor fatiga y peligro hasta la tierra de Mori, antiguamente de San Mauro. Allí las sacó del río y, colocadas las mayores sobre grandes cilindros o palos rollizos, para que fácilmente pudiesen deslizarse, hizo las arrastrasen muchos pares de bueyes, y de esta suerte llegaron felizmente al lago de San Andrés, distante seis millas.

Los buques menores fueron conducidos en carros hechos al intento. Constaba la armada de dos gruesas galeras, tres algo menores y veinticinco lanchas, que los venecianos llaman *copan* o *palischermi*. Mas se ofrecía una dificultad casi insuperable. El lago de San Andrés está rodeado de enormes rocas, que forman como especie de muralla y entonces estorbaban muchísimo la maniobra del cretense y el viaje de la armada. Por lo cual inmediatamente despachó buen número de gastadores, que en poco tiempo allanaron el camino y, sacados del agua los buques, comenzó a subirlos lentamente hacia la cumbre del monte. Mas como entre el lago de San Andrés y el de Garda, término del prodigioso viaje, había un riachuelo, que bajando del monte corría entre grandes y elevados peñascos, previendo el valiente Sórbolo la dificultad de la empresa, hizo con tierra, piedras y árboles de los contornos llenar el lecho o madre del riachuelo y hacer llano y practicable el sendero. De aquí con infinita fatiga, y mayor peligro que los pasados, condujo la armada a la cumbre del monte; después, al través de los barrancos y rocas, hízola descender lentamente hasta Tórboli con singularísimo artificio, donde, reparados los buques y acabados de equipar, completó su obra, los botó al agua y, con la gente y demás cosas necesarias, las llevó hasta la boca del río Sarca.

Cualquiera que atentamente mira los lugares por donde caminó la armada, la enhiesta y pendiente subida y los precipicios de la bajada, tendrá por imposible que fuerza o ingenio humano haya podido llegar a tanto. (*N. del A.*)

ruinas magníficas, sobresaliendo sus blanquizcos paredones y fragmentos de arquitectura entre el oscuro verde de los olivos y viñedos. Pisó embelesado la encantadora y amena península, donde a la antigua Sirmio ha reemplazado el pequeño castillo de Sermione, renovando las memorias del inmortal Catulo, a quien vio nacer aquel hermoso país; y siguiendo la ribera hacia Rivoltella le detuvo y suspendió el prodigioso conjunto de ruinas, que dan indicio de haber sido aquel terreno asiento de una populosa ciudad. Pero ya habían desaparecido sus habitantes y sólo quedaba de su grandeza pasada y población uno que otro pastor, cuyo rebaño se había esparcido, apareciendo y ocultándose alternativamente entre los antiguos residuos, paciendo las amargas retamas y yerbas silvestres que nacían en los cornisones y capiteles de pilastras caídas.

Pero, en medio de esta grandiosa muestra de la magnificencia antigua, advirtió el viajero observador los restos de un edificio moderno, cuyas proporciones góticas se descubrían entre las bellezas de la arquitectura romana, y su destrucción parecía reciente. Deseoso de saber a quién hubiese pertenecido, buscó en los alrededores quien le satisficiera su curiosidad.

No lejos de aquel sitio, sobre un promontorio que se interna largo trecho en el lago, se edificó una capilla dedicada a san Firmo, donde es grande el concurso de gentes que atrae la devoción. Sírvanla los franciscanos y allí hospedan con amor a los forasteros que visitan aquellos lugares. El religioso a quien M. Smith se dirigió para saber lo que deseaba, era puntualmente natural de Sermione y unía a instrucción nada común una laudable afición a las antiqüedades de su patria. «No sois el único», le dijo, «a quien ha llamado la atención la singularidad de ver confundidas en un sitio reliquias de edificios antiguos y modernos y varios son los que han dedicado con placer algunas horas a la lectura del suceso más extraordinario que en muchos años haya acaecido. Estas ruinas que veis y os parecen modernas lo son en efecto, y pertenecientes a un palacio, propiedad

de una de las familias principales de Brescia. Este magnífico edificio quedó desierto aún en vida de sus poseedores y fue morada de espíritus aéreos por largo tiempo, hasta que una lastimosa catástrofe puso fin a las misteriosas apariciones y convirtió el palacio en un monte de escombros».

Fijó el inglés los ojos en el religioso con actitud que manifestaba su extrañeza y admiración de su pueril credulidad; pero advirtiéndolo éste prosiguió: «Concilio cuanto pasa en vuestro pecho al oírme hablar con formalidad de apariciones y espíritus, y calificaréis mi historia de fábula sin fundamento; pero si conocéis al hombre nada os vendrá de nuevo. Y los terribles efectos de las pasiones puestas en movimiento al impulso de la malignidad y ambición, os convencerán de que no hay prodigio de que no pueda ser agente el hombre. Me reservo sin embargo proporcionaros más amplias noticias, y si os tomáis la molestia de seguirme a nuestro monasterio, que es el edificio que descubriste en aquella isla del lago, no os pesará la condescendencia».

No se hizo de rogar el inglés y, siguiendo al religioso, llegó a la orilla del lago, donde entraron ambos en un pequeño batel que los condujo en breve rato a una amenísima isla llamada de los Menores, por ser toda de los franciscanos que en ella tienen convento, y lo restante lleno de arboledas y viñedos. Fueron en derechura al archivo, de donde el religioso sacó un manuscrito poco abultado que puso en manos de M. Smith. «He aquí», le dijo, «la historia de *La urna sangrienta*, conservada desde tiempo antiguo con el aprecio correspondiente a un monumento tan importante y cuya lectura debe enseñar y estremecer. Podéis deteneros cuanto gustéis para leerla, y aun sacar copia, si os acomoda, y yo quedaré satisfecho si he podido contribuir a hacer más llevaderas las fatigas de vuestras excursiones y viaje».

Agradeció el inglés la cortesía y finezas del religioso, y retirándose leyó el manuscrito, que le interesó sobremanera y sacó de él una copia, que se multiplicó prodigiosamente a su regreso a Inglaterra. Y de ella se ha trasladado la que a continuación se sigue.